

## EL CAMINO DE SANTIAGO

Por PABLO DE LA HIGUERA

La salida de Madrid por la autopista de La Coruña es muy bonita, y me imagino que la llegada a La Coruña debe ser preciosa también. Lo que hay en medio ya es otro cantar. Lo que hay en medio es la carretera de La Coruña, con la que empalma, a la altura de Astorga, el «Camino de Santiago».

El automovilista, devenido accidentalmente peregrino (muy accidentalmente, como se verá), emprende la subida de los montes de León. La subida de los montes de León en 1970, por la carretera de La Coruña y camino de Santiago, es ejercicio de penitencia y mortificación que para sí hubieran querido los romeros de otros tiempos. El automovilista cae en un hoyo a la vuelta de la primera curva y, al salir brevemente a la superficie antes de caer en el bache siguiente, lee un letrero que dice: «Camino de Santiago». El automovilista, con su lote de pecados sobre la conciencia, se siente peregrino integral en vías de purificación. Alternativamente, el peregrino pisa el freno y el acelerador, e incluso los dos pedales a la vez en los momentos de arrebato, mientras observa de refilón el precipicio. El coche brinca alegremente por la ruta coruñesa y jacobea, y se desvía a derecha e izquierda, en fervorosas e incontroladas jaculatorias. El sol, implacable, cae a plomo sobre el camino. Sube, sube, romero. Que más dura será la bajada...

Antes, de Benavente a Astorga, el automovilista se había puesto en trance de peregrinaje viajando a veinte por hora a través de una sucesión ininterrumpida de obras. El automovilista llegó a pensar, horrorizado, si esto no significaría que se proponían arreglar las carreteras de acceso a Galicia, lo que iría, evidentemente, en contra de las más sólidas tradiciones nacionales. Las vías de acceso a Galicia forman parte, en efecto, del patrimonio histórico del país, como las catedrales romanas y los castillos agrietados no convertibles en paradores. Hay que dejarlas como están. Lo sensato sería incluso explotarlas turísticamente, salpicándolas de cartelitos con alusiones a los celtas y a la antigüedad en general. A este efecto podían darse nombres a los baches más importantes, como se ha hecho con los cráteres de la Luna: Bache de la Profundidad, Bache de la Meditación, Bache de Estacionamiento con fuente al lado, Gran Bache, Bache de Bregán, Bache Hondo, Bache Más Hondo Todavía (declarado de interés nacional), Bache de Asterix (detalle para los turistas franceses), Bache del Santiño, Bache con Prolongación Subterránea y salida al otro lado, etcétera. Y de vez en cuando, muy de vez en cuando, un cartelito que anuncie: «¡Atención, zona sin baches: diez metros!». De esta forma, como las restantes carreteras españolas empiezan a estar francamente bien, las de Galicia podrían ser un gran polo, si no de desarrollo, sí de atracción turística.

Por fortuna, la sospecha que asalta al automovilista de que el progreso va a cometer un brutal atentado contra las legendarias carreteras de acceso a Galicia se disipa en seguida. Antes de abordar los montes de León, un letrero informa: «Fin de la zona de obras». Todavía le da al peregrino un vuelco el corazón: ¿querrá esto decir que lo que viene ya está arreglado? Afortunadamente, no. Nos vamos acercando al país verde y, en realidad, el cartelito debería decir: «A partir de aquí, ya ni obras».

A mí no me gustó «La Vía Láctea», de Buñuel. Francamente, a uno esto del jansenismo es un asunto que no le quita el sueño. Yo creo que fue una pena que el gran Buñuel hiciera su película por la carretera de Burdeos. Así no se le ocurrió otra cosa que lo del jansenismo; era fatal. Otro gallo le habría cantado si hubiera cogido la ruta jacobea un poco más adelante, concretamente en la carretera de La Coruña, a la altura de los montes de León. Por esta hollada y siempre virginal senda, la musa social, unida a la musa religiosa y a la musa de la picaresca hispana —esas tres musas de Buñuel—, le hubiesen inspirado una película mucho menos fantasmagórica y mucho más sabrosa que la que hizo por las anodinas planicies bordelesas.

Sentí dejar la carretera de La Coruña un poco más allá de Villafranca del Bierzo. Le había tomado cariño. Pero a esas alturas yo era ya todo peregrino, consciente de mi meritorio sufrir, y el camino de Santiago se desviaba por una carretera provincial que subía hacia el puerto de Piedrafita. ¡Ah, cuánto había de echar de menos la carretera general! Porque esta otra era una deliciosa pista sin baches, por la que el coche se deslizaba suavemente, con infinita extrañeza. Curiosas paradojas de las rutas galai-

completo de la inefable carretera de La Coruña. Pero he aquí que una brusca sacudida del automóvil le devuelve el entrañable recuerdo, a la misma entrada de Labacolla, a sólo diez kilómetros de Santiago. ¡Este último tramo entronca directamente con los montes de León y cierra con broche bravío el santo periplo! En estos últimos diez kilómetros no hay baches, sino grietas profundas, que sin duda debieron dejar las pisadas penitentes de los primeros romeros. Esta carretera, casi geoméricamente agrietada, es una carretera lunar, y por ello es bien venida a esta sección. El peregrino se imagina así, en efecto, los caminos de la Luna y piensan también que la NASA debería mandar a los futuros astronautas a hacer un viaje a Galicia por carretera, como entrenamiento de fondo con vistas a las peligrosas aventuras espaciales.

El suplicado, pasada esta última prueba, llega al fin a Santiago. Su meta no es exactamente la tumba del apóstol, pues el agua-fiestas de Unamuno había sembrado la duda en su espíritu con su dichosa manía de que el que está allí enterrado es un tal Prisciliano. El peregrino se dirigió a la Universidad, a su vieja y querida Universidad, y observó con extrañeza que en ella habían instalado un bar, que los estudiantes iban



El Pazo de Rúa Nova, que inspiró a don Ramón del Valle-Inclán su «Romance de lobos»: un característico paisaje gallego. Ir a Galicia, escribe Pablo de la Higuera, «es ejercicio de penitencia y mortificación»; pero en llegando a Santiago el peregrino puede tomarse una taza de caldo del 42...

cas: este caminito entre árboles frondosos y verdes exuberantes, por el que nadie pasa, era una carretera, y la otra carretera, por la que pasa todo el mundo, era un camino. Añoño la esperpéntica carretera de La Coruña. Y creo que el camino de Santiago debe ser eso ante todo, un camino de expiación, vía crucis del romero motorizado de la sociedad de consumo.

En esto voy pensando cuando descendo sobre Samos, ya completamente entregado a la concupiscencia del buen rodar en olor de naturaleza y pensando en el soberbio jamón de la Sarria cercana. En Samos hay un viejo y pensativo monasterio de benedictinos. Me paré a beber agua de una fuente. Había como un frescor de atardecida, y un benedictino muy joven y de moletos colorados —un benedictinillo— tomaba el sol sentado en una piedra. Más adelante, un lagarto gordo, ceniciento y mansurrón, cruzó tranquilamente la carretera. Frené para dejarle paso, y él pasó, cachazudo y genial, mientras el disco rojizo y redondo que estaba en el cielo me indicaba que me parase, que era el momento del paso de lagartones.

Así, dulcemente mecido por la brisa del crepúsculo, el peregrino va llegando a Compostela. El peregrino se ha olvidado ya por

a examinarse en jersey y «blue jeans» y que las magníficas puertas de madera de las aulas de la Facultad de Derecho habían sido sustituidas por unas puercecitas blancas, como de clínica vagamente freudiana, increíble y fantasmal contrapunto de los sobrios muros. Muy confuso, el peregrino bajó por la Calderería y el Toral hasta la calle del Franco, y allí se solazó de tanta fatiga con una taza de vino del Riveiro servido de una cuba del 42, esa taberna sin nombre que tenía y —¡oh, ventura!— sigue teniendo el mejor vino de toda la región. El peregrino jura por todos sus sufrimientos del camino que no está haciendo publicidad, que él pagó sus dos pesetas por la taza. Pero tiene que darle, y la da, ante sus lejanos compañeros que tal vez lo estén leyendo por esas notarias y esos juzgados de Dios, ante sus viejos amigos, vivos y muertos; hoy, como hace quince años, en este Santiago «in», desconcertante y desconocido, el blanco del 42 sigue ahí, al pie de la espita, oro pálido a dejarse beber entre cubas o bajo el emparrado, amarguillo suave y transparente, frutal como la vida, como la vida, hoy como hace quince años...

Por lo demás, ¡Santiago y abre España! Y viceversa.